

LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA COMO PROBLEMA FILOSÓFICO CONTEMPORÁNEO

Lic. Luis Bonilla
Prof. UNED

Recibido: diciembre 2008 • Aceptado: enero: 2009

Resumen:

Se retoma un debate recurrente como es el de la identidad latinoamericana como problema filosófico, partiendo de algunas ideas básicas del pensamiento de Bolívar y Martí, el cual se analiza como matriz básica de pos-independencia para seguir construyendo las “identidades” y forjando las nuevas utopías contemporáneas, como único derrotero histórico hasta llegar a ser nosotros mismos.

Descriptor: Identidad Latinoamericana/ Globalización/ Utopía/ Lo Político/ Emancipación.

Abstract:

Recapture a recurrent debate as is the Latin American identity as a philosophical problem, based on some basic ideas of Bolivar and Marti thought. These ideas are analyzed as a basic matrix of post-independence in order to continue to build the identities and forging the new contemporary utopias, as the only historical course to become ourselves.

Descriptors: Latin America Identity /Utopia/ Globalization /Political Project /Emancipation.

I. Antecedentes

A modo de antecedente, y en función de ir situando el tema de la identidad latinoamericana como parte del debate filosófico en la postindependencia del continente, tomamos como punto de arranque el pensamiento de figuras emblemáticas como lo fueron Simón Bolívar y José Martí, que para Mora (2001) con estos pensadores termina una época, o sea los siglos de dominio colonial, y comienza otra, el período republicano incipiente, con Alejo Carpentier nace el siglo XX quien asume el ideal martiano y la utopía bolivariana.

A partir de Bolívar y Martí, se han venido forjando las utopías de las generaciones posteriores de latinoamericanos, que actualmente, encuentran una continuidad en el proyecto de la “revolución bolivariana” que ha comenzado en Venezuela, que involucra a Bolivia y Ecuador, donde se evidencia la reivindicación del pensamiento político de dichos pensadores acerca de la unidad del continente y la búsqueda permanente por encontrar derroteros propios y el permanente anhelo de libertad.

Para Mora (2001), en Bolívar y Martí hay una concepción de Nuestra América, que forjaron a partir del pensamiento político, pues ambos, a la vez, eran pensadores y escritores “comprometidos” que entendieron las ideas no como un fin en sí mismo, sino como un medio para la acción histórica y revolucionaria, por lo que se sostiene en este ensayo, que estos dos pensadores constituyen una matriz fundamental para comprender la identidad latinoamericana.

La raíz del pensamiento de Bolívar proviene de la Ilustración, especialmente de la filosofía política de Rousseau, además de algunos elementos de los utilitaristas ingleses del siglo XVIII, todo lo cual marca su concepción política; es por eso que en el famoso discurso del Congreso de Bolivia, durante los procesos de independencia, defiende el carácter laico del Estado, oponiéndose así a un Estado confesional como era la tradición en el régimen colonial.

Por su parte, Martí insiste en la necesidad de tener un pensamiento propio, al considerar que las ideas que vienen de afuera son útiles sólo si no son copiadas mecánicamente. Coinciden en la época de Martí dos corrientes de pensamiento propias del siglo XIX como son el positivismo y una amplia gama de tendencias al socialismo, y que precursores como José María Morelos en México habían encontrado eco en la lucha por la tierra de indígenas y campesinos; todo este legado que de algún modo es recogido por Martí, lo acercan a un cierto socialismo agrarista (idem, pág. 46).

II. Utopía e identidad en el discurso fundante latinoamericano

En Martí el ideal utópico se encuentra en su famosa frase “Nuestra América”, que condensa su amor por estas tierras y su fe en el destino histórico de las nacientes naciones; pero también implica un descubrimiento de la identidad de nuestra amplia región como el “motor de sus luchas e

inspiró la idea de la identidad latinoamericana como la utopía por excelencia de nuestros pueblos”, entendida esta última como un horizonte que le da sentido a las luchas y dirige un rumbo a las metas a seguir. Bolívar también tenía una concepción de utopía que no pierde vitalidad en nuestros días cuando dijo:

Yo deseo más que otro alguno formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno de mi patria, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república; como es imposible no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal en América, porque ese proyecto sin ser útil, es también imposible (Mora, 2001: 51).

Lo que se aprecia en estas ideas es la construcción de los Estados-Nación y la utopía de construir unos estados federados en la región (no al estilo de la constitución de los Estados Unidos), sino por la vía del consenso (a lo Rousseau) que posibilite enfrentar los desafíos de la época en el plano económico, político y militar por parte de las potencias desarrolladas.

En ese afán de Bolívar por encontrar el sentido del proyecto latinoamericano y de la propia identidad, señala que el mayor obstáculo está en nosotros mismos mas que en los enemigos de afuera; y en el contexto de las contradicciones de las luchas internas de independencia decía que ellas son las contiendas de América, que han surgido de divergentes opiniones políticas y de ambiciones personales de algunos hombres, el mayor obstáculo.

En cuanto a la identidad Bolívar decía que:

No somos Europeos, no somos indios, sino una especie media entre los Aborígenes y los Españoles. Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores (Mora, 2001: 53).

Ya aquí se aprecia una conciencia de que la identidad latinoamericana es resultado del imbricamiento de culturas y procesos socio-históricos

sui géneris, lo que en adelante seguirá siendo un tema de permanente debate, que no puede acabar, puesto que la identidad es un proceso en permanente construcción, que no es pasiva, sino conflictiva, dialéctica.

Así, en el debate de la identidad subyacen procesos socio-históricos inconclusos que no hemos terminado de recuperar, y esto es en buena medida una suerte de cárcel que aprisiona al ser latinoamericano en su lucha por la autenticidad, por saber quién es y hacia donde va, implica pues un permanente anhelo de libertad, por eso esta “Nuestra América” no puede permanecer quietecita como quisieran los poderes que hoy dominan el mundo, siempre está en un estado de ebullición social, en lucha permanente, desdiciendo los discursos homogeneizantes de los poderes globales pero también locales, pero al mismo tiempo, abrigando y construyendo el sueño de las utopías plausibles, de la construcción de otros mundos diversos y multicolores, y esto es parte vital de nuestra identidad latinoamericana.

III. De la identidad a “las identidades”: el contexto de la globalización

Se puede apreciar hoy día que la preocupación de Bolívar por despejar los obstáculos internos que nosotros mismos nos hemos impuesto, sigue siendo el problema de la identidad latinoamericana, las clases políticas y económicas dominantes del presente que siguen orientando los Estados y las sociedades a su conveniencia, se han dedicado a disputarse la dominación de estos países entre facciones de clase poderosas, pero con un elemento nuevo, y es que hoy día, las fidelidades e identidades políticas de las clases dominantes, han descartado la idea de proyectos de alcance nacional como lo fue al menos hasta la década de los 70; en cambio, esas nuevas “identidades” se realizan en alianza abierta con las clases de poder representadas por las transnacionales en la era de la globalización.

Se percibe, cómo el tema específico de la identidad política al mejor estilo dominante, ha venido marcando la pauta, pero orientado hacia unas identidades nacionales fragmentadas y manipuladas por el poder económico, político y cultural, entendiendo lo cultural como una dimensión fundamental que se bifurca en dos extremos polares, por un lado, bajo la idea de la fragmentación, o lo que Yúdice (2006), citando a David Rieff, denomina el “multiculturalismo del mercado”, noción que conlleva implícitamente lo relacionado con el tema de la diversidad, una diversidad que

situada en el análisis sociológico implica grupos diversos como mujeres, negros, homosexuales, -o agregaríamos nosotros- indígenas, ancianos, niños y demás sectores sociales excluidos; que en la línea analítica de Rieff “legitiman las nuevas áreas del consumismo”; es decir, que el capitalismo obtiene beneficios monetarios de “las nuevas mercancías de la diversidad” (Yúdice, 2006: 187).

Por otro lado, bajo la idea de la homogenización, otro efecto de la globalización planetaria, que para Acosta (2001), es en estos polos opuestos y complementarios “entre los cuales se expresa tendencialmente el desdibujamiento y colapso posible de las identidades tradicionales. Los mecanismos por los que la globalización opera estos efectos son la “des-territorialización” y la “deshistorización” (Acosta citando a Canclini: 1995), que afectan los parámetros de toda identidad real o posible. Para Acosta (2001), esta problemática gana especificidad en América Latina, donde lo moderno y lo capitalista conviven tanto con lo “pre” como con lo “pos”; es una crisis de identidad que afecta a los Estados-Naciones, al paradigma de la modernidad en su estatuto de “comunidades imaginadas”, que revive pero de modo inédito las tesis de la “barbarie” por detrás de la “civilización” de Sarmiento (1845), o sociológicamente hablando sería una “sociedad tradicional” insertada en la “sociedad moderna” (Acosta citando a Vuskovic Bravo, 1993).

Según Acosta (2001), desde la filosofía se ha argumentado acerca de la inexistencia de una identidad cultural común para América Latina entendida como totalidad; por lo que a lo sumo podría hablarse de “identidades múltiples” y heterogéneas sustentadas por la mezcla de diversos factores, de ahí que considere que la identidad cultural carece de estatuto ontológico, y más bien es una idea fundada en un estatuto discursivo y universal que se formula al interior de “la ciudad letrada” (Acosta citando a Rama, 1995). En esta línea, y desde el discurso fundante de Simón Bolívar que propugnaba por “la integración en la libertad” el problema de la identidad latinoamericana en un sentido global, ha estado presente en expresiones discursivas de carácter continental; pero que la identidad cultural lejos de ser un dato empírico es más bien un referente utópico, y eso era el proyecto bolivariano, la integración en la libertad no era un dato de la realidad de aquel momento de la independencia, era y sigue siendo una aspiración, un proyecto y una utopía (Acosta, 1995: 7).

Por eso creemos que la utopía esta más vigente que nunca, por que ese sueño, ese proyecto de integración en la libertad del continente es un asunto pendiente, es lo que mueve a las nuevas generaciones de latinoamericanos por redescubrir sus identidades y luchar por que estas prevalezcan en un nuevo horizonte de lo que apunta a ser la segunda emancipación continental frente a lo Hinkelammert (2005) llama “los efectos de la igualdad contractual, de la igualdad de Locke” durante el siglo XVIII, es decir, frente a los efectos destructores de la primera emancipación.

También autores como Molina (2003) defienden la tesis de las “identidades múltiples” cuando señala que de la complejidad de la vida actual, surge la necesidad de que los seres humanos requieran de “muchas identidades” en forma creciente y conforme se multiplican los contextos de referencia más importantes. El otro aspecto que para Molina (2003) es importante, tiene que ver con que las identidades deben ser “abiertas” y para ello incluye el concepto de la “alteridad” que asumida de forma sabia es la mejor defensa de lo propio, aunque no se explica como usar dicho concepto.

Entonces para este autor no se trata de imponer contenidos fijos, sacrosantos, si no de suministrar criterios para la apropiación inteligente, reflexiva de lo novedoso y ajeno; y agrega que entre mas incontaminadas se quiera a las identidades, tanto más vulnerables y frágiles serán; pero que para ello requerimos de “una metodología de la recepción”, o sea nuestro problema –argumenta Molina– es por tanto cómo recibimos la cultura externa. Por nuestra parte nos parece que ahí radica el problema, es decir, somos receptores acrícos de la cultura externa dominante (no me refiero a los intercambios culturales con grupos o identidades horizontales, o nacionalidades equiparables o en igualdad de condiciones), y si no contamos con una “metodología de la recepción” como la sugerida, la propuesta de Molina de tener una postura “abierta” sin más, resulta poco convincente y efectiva, sobre todo si asumimos la omnipresencia de la cultura dominante de la globalización capitalista que se filtra por todos los poros de la sociedad, el teléfono, celular, Internet, cable, etc.

Por tanto, la propuesta mas bien debería apuntar a que ante la invasión cultural con tendencia homogenizante y sentido político, que no pide permiso para entrar en nuestras vidas, deberíamos tener criterios claros para someter a juicio procesos actuales como los tratados de libre comercio dadas

las implicaciones identitarias y políticas que conlleva, y en fin, toda cultura que se caracterice por sus formas dominantes y atenuantes para desarrollar nuestros propios acervos culturales; esto no significa en principio rechazarla, pero sí situarla en un campo de relaciones simétricas y de respeto mutuo; parece ser, que lo que está sucediendo actualmente es todo lo contrario.

Por su parte, Rojas (2002), citando a Geertz (1973), incorpora otro elemento importante, al señalar que la identidad cultural más que una identidad elaborada e inmutable, es una realidad que se construye de forma permanente sobre una práctica y sobre un discurso forjado históricamente. Este planteamiento nos permite analizar por qué el tema de la identidad es asunto recurrente en la filosofía latinoamericana, en el tanto que los sujetos y actores sociales están permanentemente creando y recreando sus prácticas sociales en función de un discurso o discursos propios de su contemporaneidad como referentes simbólico-discursivos que modelan tales prácticas. Aquí juegan un papel importante los recursos de la ideología expresada como cultura de masas que es consumida como cualquier otro producto del mercado y que habrá que desmitificar.

Bajo este punto de vista, diríamos que la identidad o identidades latinoamericanas están apenas en construcción, lo cual no está falto de sentido, América Latina se sigue haciendo, si no veamos lo que ocurre a inicios de un nuevo siglo XXI, en buena parte del continente.

IV. Una mirada marxista de la identidad

Desde una óptica marxista, Borrero Rodríguez (2004) plantea la tesis de que a partir de los diversos programas latinoamericanistas elaborados, estos han contribuido a formar y consolidar la identidad de la región y que la causa fundamental de los fracasos ha sido el abandono de sus propuestas por parte de los sectores sociales que han encabezado la lucha en los procesos históricos desarrollados por los pueblos. Solo el ideal latinoamericanista podrá cumplir, para este autor, el papel de sustento conceptual a cualquier programa revolucionario en nuestra región, construido a partir de los elementos que componen nuestra identidad. De nuevo aparece implícitamente la tesis de Bolívar, en el sentido que es hacia dentro que debemos encarar muchos de los obstáculos de grupos de poder que lideran nuestros países.

Citando a García Márquez, mientras este pronunciaba su discurso durante la entrega del Premio Nobel de literatura en 1982, que luego apareció publicado mediante un sugerente título: *La soledad de América Latina*, en el cual Márquez se hacía esta pregunta fundamental:

“¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social?” (Borrero cita artículo de Márquez: *La soledad de América Latina*. Escritos sobre arte y literatura, la Habana 1990: 509).

Esta interrogante es por demás fundamental y resuena en la conciencia latinoamericana acerca del porqué solo somos reconocidos como buenos literatos, al punto que impusimos el modernismo como corriente mundial, que se manejan con arte las técnicas del “realismo mágico” impulsado por Carpentier, las del barroco como expresión de la mixtura del arte europeo y el aborígen, pero que no es europeo, en tanto tiene raíces propias; pero en cambio no se reconocen las ideas avanzadas y los proyectos de cambio social y revolucionario que se han venido desarrollando después de la independencia, no se reconoce a la teología de la liberación como un modo propio de hacer filosofía de la praxis, como tampoco se reconocen experiencias de desarrollo alternativo exitosas inventadas en América Latina, ¿por qué será que en el campo sociopolítico no se nos quiere otorgar méritos a los latinoamericanos? Por eso el tema de la identidad tiene que replantearse esta descalificación, esta paradoja identitaria donde pareciera que solo somos aplaudidos al recrear mitos y simbología rica en diversidad y en recursos que representan y describen a la sociedad latinoamericana, pero que no siempre la conducen en nuestro tiempo a procesos de emancipación, como si ocurrió con lo “real maravilloso” descubierto por Carpentier en Haití durante su proceso de independencia, donde todo fue real, por lo que lo maravilloso es un arreglo lingüístico.

Se pregunta Borrero (2004): ¿Por qué se nos niega la posibilidad de ser nosotros mismos?, bueno, porque poderosos intereses así lo necesitan, se responde inmediatamente, por que puede resultar peligroso para las estrategias “civilizatorias” que se nos imponen desde hace 500 años; y en línea con este planteamiento cita a Bonfil Batalla, quien propone: “La civilización occidental ha fracasado en América Latina y el resto del mundo no solo por su incapacidad de asumir lo diverso, sino por haberse convertido en una espléndida constructora de desiertos y en eficiente

agente de la destrucción de la vida en la tierra, el agua y el aire”.

Así, la noción de identidad nacional ha sido erosionada por los flujos de la economía y las comunicaciones, los intercambios financieros internacionales, los repertorios de imágenes e información distribuidos por todo el planeta por diarios y revistas, redes televisivas e Internet, y por los desplazamientos de migrantes, exiliados y turistas (Borrero, 2004: 3).

Para Borrero (2004), debemos reconocer que Latinoamérica es “diferente” como lo son todos los pueblos del mundo, pero nuestra principal especificidad se debe a que “somos los que sustentamos el bienestar y el derroche de una parte sustanciosa de la oligarquía financiera (y sus aliados) en todo el planeta”, y que ésta condición es la causa del desprecio, de las críticas y de las justificaciones foráneas para seguir sometiendo el continente. En este planteamiento empieza a tener respuesta la pregunta que nos formulamos anteriormente, nuestras propuestas en el campo sociopolítico son desechadas tanto por burguesías locales como transnacionales, puesto que podría significar el fin del paraíso terrenal que constituye América Latina con su rica naturaleza y biodiversidad para usufructo de estas clases de poder.

Pero también este autor considera que se nos ha impuesto una integración aisladora que se profundiza con los tratados de libre comercio, se nos inculca una idea de “extrañamiento mutuo” todo con el fin de evitar la vocación de unidad que subyace en nuestras tradiciones; por eso un proyecto de emancipación latinoamericana no puede esperar una integración planificada y liderada por los grupos dominantes por que esto amplía el aislamiento y “extrañamiento mutuo” que beneficia a los grupos de poder que defienden las identidades diversas pero fragmentarias y vacías, que no posibilitan un discurso y una práctica identitaria incluyente, emancipatoria.

Esta lógica del “extrañamiento mutuo”, es la que las clases de poder en Centro América estarían implementando con su único proyecto político en boga como es el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, que en el fondo es un proyecto aislacionista y enajenante para la construcción de identidades nacionales; es, en pocas palabras, asumir “identidades” espúreas de la sociedad de mercado, que contribuyen negativamente a profundizar la decadencia de una sociedad capitalista deshumanizada que destruye el planeta y la convivencia humana, por que todo lo ha traducido en valor de cambio, en mercancía. Esta lógica no conduce a la recuperación de nuestra

identidad nacional y menos centroamericana, sino más bien a su destrucción. Contra este “extrañamiento mutuo”, tenemos que luchar en este eslabón geográfico que se llama Centroamérica.

El enfoque marxista de la identidad aboga porque las clases trabajadoras pueden imponer un proyecto integrador en función del cambio radical del actual estado de cosas e incluye la lucha por la defensa y desarrollo de la identidad; supone por ejemplo “reindianizar al indio, reafrikanizar al negro, europeizar al europeo, y poder así reamericanizar al criollo para evitar que una concepción equivocada de nuestro ser mestizo elimine las raíces en que se sustenta ese mestizaje como invención de una América imaginada por las clases dominantes. Por ello, para Borrero (2004) un proyecto emancipador latinoamericano tiene que ser construido teniendo en cuenta nuestra esencia identitaria que para este autor consiste en “compartir un destino común tanto en la formación de nuestra cultura como en la historia de enfrentamientos a los centros de poder en la cual, unos primero y otros después y por diferentes vías, hemos venido a juntarnos todos, además de compartir una serie de rasgos comunes que nos identifican”, y esto establece una continuidad con los planteamientos políticos que Martí formulara a fines del siglo XIX cuando expresó que “los pueblos de América no deben esperar la redención de otros ni de otras partes, sino de ellos mismos”.

Confiar en nosotros mismos, de una manera crítica, pero como un deber patriótico, es el primero y más importante deber del latinoamericano auténtico...” (Mora, 2001). Este es el único camino propio de América Latina, no vendrán redentores, ni iluminados, ni ALCA's, ni TLC's, a saldar la histórica deuda social latinoamericana; sólo desde nosotros mismos, desde aquí, desde este continente nuestro, es donde está la sábila, las ideas y el proyecto político para alcanzar las transformaciones estructurales que tengamos a bien realizar; esta es la única ruta posible para una auténtica identidad latinoamericana, una identidad que está necesariamente atravesada por lo político como esfera crítica hacia donde confluye todo proyecto identitario.

V. Para mantener la vigilancia identitaria

En consonancia con lo expuesto, no podemos pensar auténticamente la identidad de “Nuestra América”, como rasgo distintivo del filosofar latinoamericano, según Leopoldo Zea, sino es partiendo de dicho concepto.

En el caso de Martí, sin ser un pensamiento “revolucionario” en el sentido marxista-leninista, tampoco se basó en la concepción del liberalismo decimonónico, ni europeo ni latinoamericano; fue por tanto un pensamiento “radical”, propio de los intelectuales de clase media que durante la Revolución Francesa, lo mismo que durante el siglo XIX desarrollaron el pensamiento más lúcido y honesto, basado en una concepción filosófica de la práctica y no especulativa (Mora, 2001: 98-102). Mora (2001) introduce también algunas reflexiones sobre identidad a partir del pensamiento de José Lezama Lima y lo que el denominó “la expresión americana”, que se fundamenta en la idea de crear un tipo de “imaginación” como categoría colectiva que define la identidad cultural; de esta idea surge la noción de un “barroco criollo” como expresión americana, porque para este autor es el “señor barroco” el que va surgiendo como el primer americano, y lo describe diciendo “Ese americano señor barroco, auténtico primer instalado en lo nuestro... aparece cuando ya se han alejado del tumulto de la conquista y la parcelación del paisaje del colonizador...” y por eso el barroquismo adquiere una suerte de universalismo que no tiene Europa, constituye la forma de insertarnos al mundo, de ser lo que somos, y nos define ante los demás y ante nosotros mismos. Esto es así porque para Lezama Lima, el “señor barroco americano” auténtico primer instalado en lo nuestro, vigila y cuida, las dos grandes síntesis que están en su raíz, la hispano-incaica y la hispano-negroide (ídem, pag. 80). Estas tesis aportadas por el pensamiento latinoamericano, son la esencia misma de la identidad que posibilitan liberarnos de la fragmentación posmoderna de que nos habla Acosta (2001); y como sugiere Galiano, citado por Salazar (2002):

“La identidad no es una pieza de museo quitecita en una vitrina, sino la asombrosa síntesis de las contradicciones nuestras de cada día. Por ello, la construcción cultural identitaria constituye una tarea histórica inconclusa, dialéctica e impostergable”.

Lo anterior significa que una de las tareas para la construcción identitaria como proyecto inconcluso, pasa por mantener la vigilancia de las matrices básicas que fueron esbozadas por Bolívar y Martí, y que *dieron* continuidad a tantos otros pensadores latinoamericanos que ni siquiera alcanzamos a mencionar en este trabajo, pero que por mencionar algunos rescatamos a Alejo Capentier y Lezama Lima, quienes nos ubican desde el campo del arte literario con recursos como lo “real maravilloso” y el

“señor barroco americano” respectivamente, como dos grandes recursos identitarios que de algún modo recogen la síntesis para seguir avanzando en la construcción de las identidades inclusivas y democráticas, en lo que podríamos llamar “la nueva América Latina imaginada” desde las identidades inconclusas de los diversos grupos y sectores sociales subalternos que en la primera emancipación del continente no llegaron a “ser”, pero que en una segunda emancipación tienen todo el potencial para “ser” identidades beligerantes y propositivas.

VI. Algunas tareas para Costa Rica

Situándonos en un espacio específico, algunas tareas puntuales, que para Molina (2003) y en el caso costarricense pueden ser útiles, parten de la tesis de este autor de que el tema de la identidad está cargado de “prepotencia y acentos chovinistas”, pues la nacionalidad ha sido definida, no en la lucha contra los poderosos, sino mas bien ante “el apartamiento de nuestros vecinos inmediatos, los demás centroamericanos”; por eso la primer tarea es someter la identidad a “una crítica depuradora que siegue los desplantes de nuestra vanidad colectiva”; luego, es preciso “formular a los costarricenses una propuesta persuasiva de conciencia centroamericana, desarrollar una identidad de patria grande; pues el proceso histórico nos lleva –según todos los indicios- a una convivencia más cercana y a una mayor integración demográfica y operacional con el resto del Istmo” (Molina, 2003: 189,190).

Quizás en estas citas queda reflejada la aspiración bolivariana que sigue latiendo en los corazones de los latinoamericanos, es decir, de hacer realidad aquel viejo pero lúcido sueño, de contar un día con una América Latina unida si no bajo una sola bandera (porque puede ser una utopía irrealizable y perturbadora de lo que es plausible realizar), sí bajo un solo derrotero u horizonte de desarrollo, y al cual tengamos como meta arribar desde las particulares condiciones de existencia e identidades de nuestras repúblicas y pueblos; un horizonte que necesariamente tiene que contener las mas diversas y ricas expresiones de las identidades latinoamericanas elevadas a un plano que la sitúen como la condensación de una plataforma política que reafirme la unidad de acción en pro de la justicia y la equi-

dad socioeconómica y política; esta debe ser también, nuestra gran utopía identitaria latinoamericana.

Por nuestra parte consideramos que en el contexto sociopolítico que vive la Costa Rica pos-referendo, donde ha prevalecido la tesis del sí al TLC entre EE.UU. y Centroamérica, que evidentemente va a marcar un hito y un quiebre en la historia de este país; el tema de la identidad o el de las identidades se sitúan en un escenario muy crítico, donde se impone el reto inmediato de preservar y recrear unas identidades en el marco de un estado social y político de convivencia nacional que a pesar de sus propios defectos, al país le ha dado buenos resultados en los últimos cincuenta años; en el nuevo contexto sociopolítico, el país está en ruta de lo que puede significar un cambio de rumbo incierto en cuanto al modelo de bienestar social que no se garantiza en el marco del libre comercio, pues su lógica y su acento está puesta en la obtención de beneficios para ciertos grupos económicos, donde además, el debate de las identidades entraría en un escenario complejo, pues estratégicamente estarían ganando espacio las identidades dominantes de los grupos o clases de poder local, en alianza con las burguesías transnacionales, contexto que preconiza la estrategia de globalización capitalista en esta era del mercado total.

Es decir, el TLC visto como parte de ese engranaje del sistema capitalista global, no es neutral, ni tampoco un manojo de páginas con letra muerta, como lo sugirieron sus defensores; al contrario, trae consigo, en sus políticas, unas identidades enajenantes, lo que supone un mayor extrañamiento de valores arraigados en el alma colectiva nacional, identidades homogeneizantes por un lado y fragmentarias por el otro, que ponen en jaque a lo que podríamos denominar como las identidades democráticas y alternativas que se han venido construyendo en el país en diversas jornadas de lucha.

En este contexto, los nuevos espacios de construcción identitaria resultante, como todo proyecto de construcción de identidades, serán dinamizados en un escenario político de mayor contradicción o conflicto social, por que este ha sido y sigue siendo el contexto en que se construyen las identidades latinoamericanas; o sea, se trata de unas identidades en lucha, donde las circunstancias específicas de las contradicciones sociopolíticas están delineando el carácter de las nuevas identidades.

Estas identidades en lucha remiten a un campo social diverso de confrontación o antagonismo, y que en el continente latinoamericano combina la lucha de clases, las de género, y generacionales, y hasta las luchas étnicas, donde se imbrican la lógica de la explotación con la dominación. Estas imbricaciones en los procesos identitarios del continente son parte de las tareas que también le corresponde desarrollar a la sociedad costarricense de cara al futuro, sobre todo porque la sociedad está siendo conducida por ciertas fuerzas sociales de poder que desde su propia lógica discursiva e identitaria están impulsando procesos políticos que generan una dialéctica social de mayor confrontación; por tanto, el tema de la identidad es esencialmente de orden político, aunque la ideología dominante la presenta solamente como algo meramente folclórico; desmitificar esta ideología, para develar la esencia identitaria de nuestros pueblos es otra tarea urgente.

Bibliografía

Libros:

Hinkelammert, F. (2005). *El Sujeto y la Ley: el retorno del sujeto reprimido*. Heredia: EUNA.

Mora, A. (2001). *La Identidad de Nuestra América*. Heredia: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional.

Molina, J. (2003). *Realización y Crisis de la Democracia Representativa: dos ensayos sobre los avatares de una idea en la historia*. Heredia, Facultad de Filosofía, Universidad Nacional.

Yúdice, G. (2006). *El Recurso de la Cultura: usos de la cultura en la era global*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, Editorial de Ciencias Sociales.

Revistas:

Rojas, D. (2002, enero-diciembre). *Reflexiones sobre mitología y pensamiento indígena en los bribris: constitución de la identidad cultural*. Universidad Nacional, Repertorio Americano, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), No.13-14, Heredia, Costa Rica.

Salazar, J. (2002, enero-diciembre). *Matrices discursivas identitarias en América Latina*. Universidad Nacional, Repertorio Americano, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Estudios Latinoamericanos (IDELA), No. 13-14, Heredia Costa Rica.

Artículos de páginas de Internet:

Acosta, Y. (24 de abril del 2001). *Globalización e identidad latinoamericana*. No. 123. www.ngweb.co/latinfil/

Borrero, Noel (2004). *La identidad latinoamericana en la actual coyuntura de nuestros pueblos*. *Cuba Socialista*. Revista Teórica y Política, editada por el Comité Central del Partido Comunista de Cuba.